

Papiro Villaldama

Julián García



[primera piedra]

- © Julián López García
 - © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
 - © Secretaría de Cultura
 - © Secretaría de Cultura de Coahuila
- Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño editorial: www.amonite.com.mx

ISBN Colección: En trámite
ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

*El sol desciende a la superficie pulida de un agua en calma,
igual que el óvulo de un celeste avaro.*
Claude Lévi-Strauss

Ramayana inbox

El ídolo

La media luna naranja del faro
es el dios que alumbra mi camino.
Pide como oblación el humo de este cigarro.
“No hay dios después de mí”, advierte.
Tiene razón: después de la luz
la carretera arcana.
Camino para perderla.
A lo lejos es imperceptible
la diferencia entre la fe, una luciérnaga y el faro.

Astral

Te creo

Esta constelación de letras

En este

Cosmos claro

Para que la alces

En un cielo nublado

Y se imprima en el
firmamento.

Así , mientras caminas

Podrás decir

Que los astros te favorecen.

Ramayana inbox

No tus palabras, no tu presencia astronoma:
lejana pero familiar.

No tus palabras de goteo, de máscara africana,
rasguño de vocal.

No tus palabras, ese naípe roto,
dado de mil caras.

No tus palabras, ese leopardo fantasma.
Qué difícil la ortiga de tus letras.

No tus palabras, quiero huir de esa carnada,
nadar los sonidos que surgen cuando callas.

No tus palabras, esa cerca hay que cruzarla
caminar el valle, cortar la estepa de las frases.
Extinguir los cuellos negros,
extinguir la zoología enferma.

Las míticas criaturas

A) Leviathán

No quiero llamar la atención
de tu piel.
Hago un comentario,
un anzuelo formado por mi boca,
esperando que muerdas distraída
el fatal lazo que ata
a dos que se encuentran,
que pelean la batalla de los amantes,
en donde uno siempre muere
y el otro tiene la posibilidad
de levantar orgulloso un trofeo
o irse con la mítica criatura
mar adentro.

B) Behemot

Tu caza me ha sido vedada.
De toda la creación,
el querubín te ha señalado
con espada de fuego.
Te miro inclinada frente al ordenador,
distraída y confiada, ignorando tal vez
el círculo de fuego que te rodea.
Me vez entre las llamas,
y entre aquel muro insondable,
sonríes.

Salmos

I

Religión misterica,
fe hecha carne.

Somos la única secta de dos:
eres altar, oblación y conjuro.

Permíteme, diosa,
morir a tu sombra.

Soy tu pueblo,
asciéndeme,
renovemos el ritual cansado.

Bautízame.

II

Desciende, espíritu,
y mírame.

Abandona tu divinidad
y abrevá.

Da descanso a este cuerpo.

El Reino habita en tus labios.

III

Revoloteabas sobre las aguas.
Extendí mi mano,
y sentí el roce de la pierna
por el descuido de un brazo.
Me haz prohibido tu rostro,
visión beatífica,
cubriste mis ojos con tu gracia
debido a tu ritmo creador.

IV

Oscila la cortina
por el viento
que entra por una ventana sin vidrio.

El cuarto, limbo, lugar de descanso
a los que nunca fueron iniciados
hasta esa tarde santa.

Vencimos a la muerte
con anáforas al oído,
con el único rito que la carne ofrece.

V

Del blanco veneno de los copos,
de la llanura nevada de tu abdomen
a la nebulosa formada en tus ojos,
reniego a rendirles pleitesía
pero, diosa al fin, atraes
voluntades y súper novas
al abismo habitado
entre tú y lo demás.

VI

Rostro ígneo, parábola amable de tu sien,
nube dorada en el dioscuros,
nueva fe de los creyentes que consumen
su vida en amoríos de alcoholes y humos.

Sólo así, en este ritual cansado
apareces panteón individual,
el clarín del arcángel suena,
despiertas,
es la parusía.

Papiro Villaldama

Zoología colateral

Las sombras calientes del mezquite,
su telaraña en el piso filtrando los bostezos de mediodía,
mis arañas de patas rotas la caminan.

Una mosca sobrevuela.

Se detiene y se prepara con un clac,
una arácnida la atrapa dentro de sí
y se contrae como aquellas flores
que el desierto no conoce.

La mosca truena y la fauna muere
y ella se va con la polvareda en una troca sin placas.

Ánimas

Ánimas que no amanezca,
que la muerte solaz venga,
que los pomos se han oxidado de sangre
y las cachas renunciaron al antiguo
rumor dorado asesino y proveedor.

Ánimas que no amanezca.
Me cae mal la madrugada;
de otros, es su paternal cobijo.
Vivo a ritmo del Nadir.
Tengo por techo la caspa del diablo.

Ánimas que no amanezca,
que al cabo estoy de paso,
como moneda de intercambio
para cigarros y sangre,
para traficar fantasmas y cardos.

Leliel

Los ángeles caníbales
un día deciden comer.
Las alas se agitan
creando el sonido más violento
que las plumas pueden crear.

Un ángel está herido y, confiado,
espera la ayuda de los suyos,
pero se ve alzado de las entrañas,
llevado al cielo por sus hermanos.
Como gaviotas crueles,
estiran la piel de la beatitud alada.

Angelófagos se consumen entre ellos,
dejando mensajes sin mensajeros.

Madrastra estepa

Noche solaz,
la madrastra duerme,
es decir, el desierto sueña.
Transexual fértil,
nos ha dado la luz
con voz autoritaria,
acariciados por sus gruesos dedos,
amamantados por sus pechos de llano.
Besar su frente es morder el polvo.

Isidro Rdz, profeta

Dijeron: “Profeta, h́ablanos de la vida”
y de la esquina en la que yace
sin desembarazar la saliva del suelo
masculla no la poesía ni el secreto:
una risa apenas despierta.

El profeta derrama una prédica
apenas legible de sus labios.
Reclinado, el fiel toma nota
de las batallas más antiguas,
memorias del psiconauta,
la historieta erótica que de niño
leía con un cerillo encendido en la mano,
el calor de las manos engrasadas,
la emoción que produce saciar el hambre,
los chismes en el templo,
a un fin del mundo caído en mayo.

El profeta calla y tiritita como estrella,
la estrella escupe espuma, suda temblores
y se va.

Los creyentes se alzan
como si hubieran hecho una reverencia al sagrario,
y estrechan los papeles en su pecho.

Namasté F4

¿Qué corrosión las ha podrido?
¿Qué ha disuelto las paredes y ventanas?
Trocas, autobuses deshebrados,
flemas de aluminio,
expectorados por el gran hocico de la nada,
fue una nada, una nada de 300 kilómetros por hora,
una nada dórica, Nabucodonosor (¿o Ecátl?)
con su pecho de plata y suelas de barro,
de malla ciclónica, pernos y carne.

“El oxígeno —decía un doctor— es extraño.
En él, el agua oxida al metal; si se le mezcla con fuego
todo estalla y, sin embargo, lo respiramos, vivimos por él”.

Oxígeno a 300 kilómetros, no de aquel que reposa en un tanque
de un enfermo con EPOC,
a 300 kilómetros, cargando la viruela del vidrio y del clavo,
dejando cicatrices en las paredes y los quicios.

Por eso hoy respiramos hondo,
queremos acabarnos el aire, comprimirlo, destrozarlo,
destazar sus elementos de tabla periódica,
extinguir el aire como si fuera animal de caza.

Hoy tachamos las ventanas con cinta adhesiva,
como israelitas marcando sus casas con sangre de cordero,
con un gesto de fe para evitar al ángel de la muerte
cuando vuelva a pasar.

Papiro Villaldama

Canta, oh, Furia, a la voraz mancha
del dios irracional llamado Ciudad,
cuyos oleajes paralelos asientan corales
a orillas de las playas del parpado.
Contra toda teogonía rigurosa,
este dios ignora el religioso vapor de las maquilas
y las ígneas huelgas peregrinas del obrero.
Sólo devora con sus colmillos de varilla la tierra ignota.

Caminamos su lomo, por su espina de mil pisos,
con rutinas de mil años buscando pertenencia,
el amparo de la bestia que no se cansa nunca
de fincar olmos de fuego y calles infinitas.

Ciudadanos: secta peatonal de prosélita costumbre
tocando puertas, viviendo y muriendo
en mínimos monasterios repetidos, casas
falaces que no alcanzan para el sueño.

Mira ese cuerpo apóstata, es innegable.
Esa vida pasada por el disparo o la daga
no abrace ahora a su creador omnipotente
y vuelva a la gracia antigua de un faro a medianoche.
Adórenla con sus pasos por las calles,
vuelvan al Edén invertido, a la gris casa
del hijo perdido, quien oído al suelo, extasiado,
escucha secretas diástoles distantes.

No escuchará tu suplica creyente,
asoma por el quicio de la ventana mística de tu cuarto,
revestida sólo con el arete de tu lengua
confía a que este lúgubre imperio de lo mínimo prevalezca.
Deja a los otros lanzar sus aves neófitas, sus oraciones
de pequeño pájaro muerto en la acera.
Ven y abreve, abraza tu condición de ciervo
sobre la flora solaz y comfortable de las Horas.

Recitemos acaso un breviario: palabras migrantes
rodando por el aire sucio del dios que cobija
los deseos más oscuros del cuerpo que es, han dicho, un templo
y cuyas perversiones por lo tanto son sagradas.
Recitemos si acaso un breviario: un mapa roto,
nombremos la explosión de aquel mezquite.
El zenit, hogar del demonio meridiano que vive
en las raíces negras de la calle Villaldama,
a la fauna de aquí que hemos llamado sin mas: plaga.

“¿Y por qué cantarle a esta hidra gris? Nada le debemos,
tú hagiógrafo y yo vampira, ¿por qué tu voz se consagra
al incierto suelo? A cantarle a este braile de acero
te he escuchado en el momento más extraño
las más extrañas letanías”, me dijo viendo con locura la Ciudad.
“Mi fe es de diablo, de cornudo misántropo ladino
y quiero con vara en mano hostigar sus costillas,
que despierte un día y nos sacuda a todos de su lomo purpúreo”.

Creo que te has acostumbrado a las jícaras que carga el errante

a las cabezas que pueden o no amanecer un día
como pequeño diezmo en la plaza pública, ofrenda preciosa,
que los nuevos aztecas entregan con miedo a que su Ciudad
deje de serlo, y ya no sean colmena u hormiguero
con la que estúpidamente la comparan, seremos hormigas,
pero también seremos nuestros propios hormigueros,
el alma es una reina estéril cuyo rey jamás a conocido.

Sibila Valium

Ad versus hereses

Un creyente me ha dicho: “Persigue el éxito,
busca esa pirámide platinada
y masacra a todos con sus filos”.

Seduciéndome sentencia: “Sé feliz,
adora a esa esfera de porcelana,
sólo a ella servirás”.

Lo hice, sin embargo, apostatar,
lo conduje por los caminos secretos de mi secta
y lo bañe de sangre,
como en los antiguos ritos de Mitras.

Ahora es su ministro.
Lleva tiempo sin ver la madrugada,
siglos sin sentirse agradecido.

Arrullo

Dame el yelmo de tus ideas,
todas inexactas, todas pequeñas,
ahora inecesarias.

Deja caer tus ojos,
ese pequeño ramo,
vaso insuficiente de la eterna transparencia.

Confíame tu sangre,
permíteme acallarla,
que tu amor ya no sepa
de ápices y abismos.

Otorga tus oídos a este toque de puerta,
antiguo y constante.
Abre,
es la salida.

Al final dame tu sueño
para abrazarlo
como dedos húmedos sobre la pequeña llama.

Cronos

Tu martillo oscila el ritmo y el silencio.

Se pasea en el filo tan agudo del segundo
y crea el tiempo.

Y tu ritmo no varía, y nos impones el baile,
siempre el mismo, que a fuerza de golpes
nos va cambiando
de ser

 mineral ignoto

 barra al rojo vivo

 a cuerpo consumido.

Sibila Valium

Es como tomar un alentador del tiempo,
un comprimido amarra-neuronas,
un fuego azul y dormido de estufa.
Es como pensar dentro del agua,
respirar nubes, o la costumbre
de anclar miradas en la nada.

La muerte es aquel niño que nunca venciste

Niño engreído ,
viajas los barrios,
retas a un juego de carreras
y nos das por ventaja, con suerte,
setenta u ochenta años.

Y con sudores arenosos
damos zancadas veloces,
sólo para encontrarte
al final de la cuadra,
esperando.

Nos encojemos de hombros,
nos perdemos contigo al doblar la esquina.

Conversión

La muerte es testigo de Jehová,
es mormón o de acción católica.
Toca a mi puerta apologética
con argumentos irrefutables.
¿Qué ácida observación
vence una metástasis?
Derrotado, me convierto a su fe,
ingreso a su templo,
única fe que no admite rechazo
y me vuelvo uno más
que alza las manos y cierra los ojos.
Que aplaude cánticos negros,
que renuncia a las cosas del mundo.

Dios erizo

Las pequeñas runas

Elegir:

el sanguíneo puente
o el dique de los ojos
de este mañana
que es todas la mañanas.

Tengo un agujero negro por manos.

Disimulable apenas por dedos, jabón y venas.
Lo consumen todo,
colapsa lo que tocan.

Ira

Brevedad emocional, parca furia,
amiga de los dioses.

Haz aprendido
ser leve viento oscuro,
vedante.

Duermes en tiernas mesas familiares.

Hija de Fobos.

Hija de Nix.

Vives en el pequeño río negro
formado en la esquina de la casa,
tus raudales profusos
encharcan mi piso,
abrevo.

Dolor

Valquiria cristiana,
furia confundible,
te creen daga,
costado del César.

Palabra oceánica,
tus olas alcanzan
del infinto
a la infección.

Pater

Soy distinto al hombre de Ur.
Él jamás reparó si el puñal
cargaba fe o locura.

El panteón griego escandalizado
del dios palestino que miraba
inmóvil la muerte del hijo.

Pobres dioses perseguidos
por Cronos,
hambriento rumiador de descendientes.

Ahora yo lo veo dormir,
con temor de las cruces,
con miedo a la piedra de oblación,
expectante a no devorarlo.

Rutina

Hija del Eliseo,
cuántos libros carcomen tu nombre
y son leídos bajo el amparo de tus alas.
Huyen de ti como bestias ciegas,
entran a la cueva, seguros y tranquilos.

“No vivas bajo su amparo”,
dice el experto.
¿Cuándo su cadáver
será trabajo de rutina
para la muerte?

El dios y la ciudad

Es un monolito de Tláloc a la entrada de la presa,
alrededor, los matorrales alzan la mano,
el dios-maestro,
el dios del agua espera la respuesta del fondo.
Allá, la Ciudad cohibida se retrae.
No sabe.
Tiene sed.

Pasar una página es esperar cuatro jinetes

El ejercicio veloz del dedo que desciende
por las hojas compactas y crean la ilusión
de un llano que se hunde.

Otro índice también acaricia
los bordes frágiles y filosos.

Es esta una tierra que muere,
un cielo con peso,
ansioso por acabarlo, por extinguirlo.

Leer es parusía, dios que llega
a un pueblo milenario que le espera.

Dios erizo

Templa nuestros hilos,
afila nuestras puntas,
conoceré al Otro.

Me acercaré
y le daré muerte,
ese ha sido tu eterno mandato.

Que tu evangelio se filtre
por las espinas de nuestra carne.
Gracias a ti, el Otro ha sido conocido,
pero ha muerto.
La cercanía es imposible
sin que alguien se extinga.

Óptica y futuro

El día que la ceguera fue curada,
el braille se volvió una lengua muerta.
Ahora sólo unos miles la leen,
los últimos geógrafos de un archipiélago blanco.
Hagiografía, reseña de santos,
¿qué diremos de los últimos ciegos de la tierra?
Dedos que al indicar leían
un idioma oscuro de silabas suaves
como la piedra pulida.
Ellos conocían los verdaderos nombres
con la perene pronunciación
que sólo los índices entienden.

Índice

Ramayana inbox	7
Papiro Villaldama	19
Sibila Valium	29
Dios erizo	37

Papiro Villaldama
se terminó de imprimir
en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares